

**Lecciones de FILOSOFIA
MARXISTA—LENINISTA**

Colectivo de autores

Tomo 1

Dirección de Marxismo—Leninismo

**Lecciones de FILOSOFIA
MARXISTA—LENINISTA**

Colectivo de autores

Tomo 1

La Habana, 1991

Edición y Redacción: C.Dr. Pablo Guadarrama González
Dra. Isabel Centelles Lorenzo
C.Dra. Marta Martínez Llantada

Autores:

Sección I

C.Dr. Felipe Sánchez Linares
C.Dr. Rubén Sardoya Loureda
C.Dr. Marta Martínez Llantada
Dra. Isabel Centelles Lorenzo

Sección II

C.Dr. Luis Estrella Márquez
C.Dr. Pablo Guadarrama González
C.Dr. José Fabelo Corzo
C.Dr. Joaquín Santana Castillo
Lic. Gerardo Ramos Serpa

Sección III

C.Dr. Rafael Araujo González
C.Dr. José Fabelo Corzo
C.Dr. Alberto Cruz Martín
C.Dr. Marcelo Portal Jiménez

Mecanografía:

Alicia Cartelle Gelpi
Mabel Rivero Valdés

Sección III

3.	El problema de la unidad del mundo	
3.1	El problema de la unidad del mundo y su significación en la historia del pensamiento filosófico	164
3.1.1	El problema de la unidad del mundo en el pensamiento antiguo	165
3.1.2	El problema de la unidad del mundo en el pensamiento medieval	172
3.1.3	El problema de la unidad del mundo en el pensamiento moderno	174
3.1.4	La Filosofía clásica alemana y el problema de la unidad del mundo	179
3.2	El problema de lo material en la Filosofía Marxista Leninista	
3.2.1	Concepto filosófico de materia	184
3.2.2	Lo material y sus propiedades: espacio, tiempo, movimiento y reflejo. Consideraciones filosóficas acerca de lo material y sus propiedades	202
3.3	Estudio marxista de la conciencia	
3.3.1	El reflejo como propiedad universal de la materia	216

	3.3.2	Desarrollo evolutivo del reflejo	223
164	3.3.3	Surgimiento de la conciencia	229
	3.3.4	Origen material de la actividad cons - ciente humana. Lo material y lo ideal en su acepción marxista,	238
65	3.3.5	Carácter social de la conciencia y - conciencia social. Conciencia social y conciencia individual	255
72			
4	3.3.6	Análisis marxista de la conciencia y - concepción materialista de la historia	267
	3.4	La relación naturaleza-sociedad como expre - sión de la unidad material del mundo	
	3.4.1	El pensamiento filosófico premarxista y la relación naturaleza-sociedad	277
	3.4.2	Solución marxista al problema de la - relación naturaleza-sociedad	281
	3.4.3	Manifestaciones contemporáneas de la - relación naturaleza-sociedad	293
		Notas y referencias bibliográficas	307

apartado podemos afirmar al decir de Engels de que la esencia del movimiento "está en ser la unidad inmediata del espacio y el tiempo..., no hay movimiento sin tiempo y espacio... Espacio y tiempo se hallan llenos de materia... Y así como no hay movimiento sin materia... no hay tampoco materia sin movimiento". (12)

Si el movimiento, el espacio y el tiempo constituyen atributos inseparables de la materia, que los conviertan en formas de su existencia, existe otra propiedad de la materia que se hace necesario no pasar por alto. Se trata del reflejo como propiedad universal de la materia.

El valor filosófico más importante del reflejo como propiedad universal de la materia consiste en que este constituye el eslabón fundamental de enlace entre la materia y la conciencia. Visto de manera inmediata, la relación materia-conciencia se nos presenta como una relación infranqueable de diferenciación entre lo material y lo ideal. Sin embargo, analizándolo detalladamente nos percatamos que la conciencia y lo ideal no son más que el resultado de la evolución histórica de ese atributo de la materia consistente en su capacidad para reflejar.

Debido a su importancia en la comprensión del problema fundamental de la filosofía y del proceso de transformación de lo material en lo ideal, nos detendremos ahora en el análisis del reflejo, su evolución y las características fundamentales de su forma superior de expresión en la conciencia humana.

3.3 *Estudio marxista de la conciencia*

3.3.1 El reflejo como propiedad universal de la materia

Sería imposible comprender la solución marxista al problema fundamental de la filosofía y al problema de la unidad del mundo sin evocar el nexo genético existente entre lo material y lo ideal. Reconocer el carácter primario de lo material con relación a lo ideal resulta claramente insuficiente para captar la especificidad y superioridad cualitativa de la solución marxista a estos problemas, en comparación con la respuesta que a ellos ofrecieron los filósofos premarxistas.

Ante todo es necesario esclarecer qué es la materia y qué es la conciencia y cómo la primera es capaz de engendrar a la segunda. En otras palabras, qué cualidad o propiedad posee la materia que le permite, en un momento determinado de su desarrollo, generar un fenómeno tan esencial y cotidiano para nosotros como es la conciencia humana?

Al abordar las propiedades más generales de la materia se hizo mención de una que está estrechamente emparentada con la conciencia: la propiedad de reflejar. Reflexionando acerca de los orígenes de la conciencia, V.I. Lenin expresa su convicción de que la sensación está relacionada tan sólo con las formas superiores de la materia (materia orgánica), mientras que en los cimientos del edificio mismo de la materia "sólo puede suponerse la existencia de una facultad parecida a la sensación. (13) "Es lógico suponer -dice más adelante Lenin- que toda la materia posee una propiedad esencialmente parecida a la sensación, la propiedad de reflejar". (14) Partiendo de esta idea de Lenin la concepción dialéctica materialista del mundo considera el reflejo como un atributo, como una propiedad universal de la materia que descansa en su propio fundamento y constituye una premisa para el surgimiento de la conciencia.

El hecho de que el reflejo constituya una propiedad general de toda la materia está relacionado con el carácter universal de la interconexión e interrelación de los objetos y fenómenos de la realidad objetiva. Al actuar unos sobre otros, estos objetos y fenómenos provocan determinados cambios. Estos cambios constituyen como especie de "huellas" que fijan las particularidades del objeto o fenómeno actuante. Por supuesto, la acción energética del objeto reflejado sobre el objeto reflejante debe ser mayor de un mínimo determinado, de manera que pueda dejar su huella en este último, así como menor que cierto valor máximo, de forma tal que no se sobrepase el rango energético para ese tipo cualitativo de interacción. De no cumplirse la primera condición, no se produce el reflejo en cuestión; de no cumplirse la segunda, se produce un tipo de reflejo cualitativamente diferente. Un estímulo visual o auditivo demasiado débil no será percibido por los órganos sensoriales. Si, por el contrario, es demasiado fuerte, no provocará una sensación auditiva o visual, sino dolor o, incluso, podría lesionar a dichos órganos. De ahí que podamos afirmar que cada tipo específico de reflejo posee su determinación cuanti-cualitativa, es decir, determinados rasgos cuantitativos de la interacción, dentro de cuyos límites se produce el tipo cualitativo de reflejo de que se trate.

Concebido así, el reflejo puede definirse como la capacidad que posee cualquier sistema material de reproducir, a través de sus propios cambios y dentro de determinados rangos, el mundo exterior que le rodea y que actúa sobre él. Estos cambios pueden ser de diversa índole: internos y externos, continuos y discontinuos, progresivos y regresivos, activos y pasivos, cambio-huella y cambio-reacción, etc. Ellos adquieren su forma específica en dependencia del nivel de

organización de la materia en la que se produce el reflejo. Es evidente, en este sentido, la diferencia entre los cambios provocados y los aspectos reflejados, por ejemplo, como producto de la acción continua de las olas marinas sobre la roca, por un lado, y como producto de la influencia de determinado estímulo visual sobre la retina del ojo humano. En ambos casos estamos ante la presencia de reflejo, pero la forma en que éste se realiza, así como su contenido, cambia cualitativamente de un caso a otro.

Por lo tanto, la interacción de los sistemas materiales y los cambios provocados por esta interacción (cambios que son más o menos adecuados a la acción externa) constituyen el fundamento y rasgo general del reflejo. A través de estos cambios se produce el "paso" o "traslado" de las propiedades y características de un sistema a otro. Como resultado se presenta una cierta correspondencia (adecuación) entre el objeto reflejado y su reflejo, lo cual constituye también un rasgo general de todas las formas de reflejo en los diferentes niveles de organización de la materia.

Al analizar el reflejo como propiedad universal de la materia y como importante factor en el desarrollo de los fenómenos del mundo objetivo debe tenerse en cuenta otro de sus rasgos más importantes: su carácter activo. Es cierto que en muchas ocasiones se habla del carácter activo del reflejo referido sólo a la naturaleza viva y a la sociedad, mientras que con relación a la naturaleza inorgánica se reconoce sólo la existencia de premisas para el desarrollo de esta cualidad. Sin embargo, la aceptación del carácter activo de todo reflejo se asocia en la filosofía marxista al reconocimiento del automovimiento de la materia y de la presencia en ella misma de las fuentes de su desarrollo.

Por eso el reflejo, como propiedad de la materia estrechamente ligada a los procesos de cambio, movimiento y desarrollo, tiene necesariamente que estar dotado de un carácter activo. Por supuesto, mientras más complejo y más perfecto sea el sistema material reflejante, más complejo y más activo será el reflejo y mayor papel desempeñará este último en el proceso de automovimiento y desarrollo del sistema.

Con el desarrollo de los sistemas materiales aumenta, por tanto, el significado del reflejo en el perfeccionamiento de los mismos y en su progreso. Así tenemos que mientras que la interacción en el mundo inorgánico (como resultado de la cual se realiza el reflejo) conduce no sólo al automovimiento, sino además, de manera general, a la destrucción del sistema (o a la formación de nuevos sistemas), en el mundo orgánico esta interacción (los procesos de metabolismo, por ejemplo) constituyen el fundamento de la conservación de la integridad del sistema y de su desarrollo.

Además, en la medida en que aumenta la complejidad de los sistemas, más mediatizada se torna su reacción (como expresión del carácter activo del reflejo) ante el objeto o fenómeno reflejado. En determinada etapa el reflejo se separa y se convierte en un proceso relativamente independiente que se contrapone a la actividad del sistema, pero que al mismo tiempo sirve a ésta. En el hombre, por ejemplo, dotado de la forma superior de reflejo, a la realización de la función reguladora del mismo (del reflejo) antecede un período relativamente largo de reelaboración de la información con la utilización de la experiencia pasada y con el análisis de la situación existente objetivamente.

Quiere esto decir que, a pesar de ser una propiedad general

del reflejo, el carácter activo del mismo se manifiesta de diferente forma en dependencia del grado de desarrollo del sistema material reflejante.

Otra propiedad del reflejo consiste en el nexo causal existente entre el objeto reflejado y el sistema reflejante. Esto se explica por el hecho de que el reflejo, como resultado del proceso de interacción, constituye además un efecto con relación a la acción del objeto reflejado que desempeña aquí el papel de causa. Como dijera Lenin, "el reflejo no puede existir sin lo reflejado". (15)

La delimitación del nexo causal entre los objetos interactuantes no siempre resulta una tarea fácil. Por ejemplo, en el mundo inorgánico resulta en ocasiones muy difícil definir la dirección de este nexo, discernir cuál es el objeto que actúa y cuál el que recibe la acción, cuál es el que refleja y cuál el reflejado.

Esto es debido a que, entre los objetos y fenómenos que interactúan, existe una relación de condicionamiento mutuo y mutua causalidad. Por esta razón, la delimitación de la dirección del reflejo en el mundo inorgánico posee, por lo general, un carácter relativo y, en gran medida, depende de las tareas del conocimiento que nos proponemos resolver con esta delimitación.

Esta dificultad es mucho menor ya en el mundo orgánico, puesto que aquí el reflejo se manifiesta en forma más "acabada", más evidente, y desempeña un mayor papel en la existencia misma del organismo vivo, el cual está dotado de mecanismos especiales (y en algunos casos de órganos, o de todo un sistema de órganos) para realizar el reflejo, lo cual por supuesto no quiere decir que la interacción en el mundo

orgánico deje su "huella" únicamente en el organismo vivo y no en el resto de la naturaleza.

Podemos resumir como sigue las propiedades generales del reflejo como cualidad universal de la materia:

- a) El reflejo es siempre producto de la interacción de los sistemas materiales.
- b) El reflejo está estrechamente vinculado a los cambios producidos por esta interacción.
- c) Cada tipo específico de reflejo posee una determinación cuanti-cualitativa.
- d) Como resultado del reflejo se produce una cierta correspondencia entre el objeto reflejado y el reflejante, lo cual expresa el carácter adecuado de dicho reflejo.
- e) El reflejo posee una naturaleza activa, aunque la forma de expresión de esta actividad cambia, en consonancia con el nivel de desarrollo alcanzado por el sistema reflejante, manifestándose en sus formas superiores en el carácter selectivo y orientador del reflejo.
- f) El volumen, las formas, los medios y los modos en que se realiza el reflejo depende del tipo de organización estructural de los sistemas reflejantes, así como del carácter de las condiciones de su interacción con el objeto reflejado.
- g) La evolución de las formas concretas de reflejo depende de la evolución de los sistemas reflejantes.

- h) La relación contradictoria que se establece entre la acción o influencia del objeto reflejado y la reacción-respuesta por parte del sistema reflejante, se convierte en impulso, en fuente de desarrollo del propio reflejo.

Acerca de las tres últimas propiedades generales del reflejo hablaremos más detenidamente al analizar históricamente el desarrollo de sus formas fundamentales.

3.3.2 Desarrollo evolutivo del reflejo

En el proceso de desarrollo de la materia la propiedad del reflejo no permanece inmutable, sino que evoluciona progresivamente de las formas más simples e inferiores en el mundo inorgánico hacia la irritabilidad y la sensación en la naturaleza viva, del psiquismo de los animales superiores hacia la conciencia del hombre.

Al investigar la evolución de las formas de reflejo es necesario, en cada eslabón específico, separar la forma particular determinante, condicionada por el modo de existencia del sistema material. Esto es importante ya que en un mismo sistema pueden coexistir varias formas de reflejo. Las formas superiores presuponen la conservación y subordinación de las inferiores y, en este sentido, son las más propias, características y determinantes para el sistema dado, a pesar de coexistir con otras de menor grado de complejidad.

El análisis de las diferentes formas de reflejo confirma la idea acerca de su interconexión e interdependencia. Comenzando por las formas más simples y terminando por los procesos superiores de reflejo, cada una de estas formas representa un determinado nivel de organización de la

materia; ellas no son más que eslabones de una única cadena evolutiva en el desarrollo del mundo material.

En esta cadena se distinguen dos momentos culminantes, relacionados con los principales saltos cualitativos, operados por la materia en movimiento: surgimiento por primera vez de los sistemas autodirigidos y autorganizados (aparición de la vida) y surgimiento de aquellos procesos que caracterizan la presencia de conciencia (aparición del hombre y la sociedad). Por esta razón, en su forma más general, la clasificación de las formas de reflejo según su evolución está representada por tres niveles fundamentales: reflejo en el mundo inorgánico, reflejo en el mundo orgánico y reflejo al nivel de la forma social de movimiento, cuyo núcleo central lo constituye la conciencia.

El reflejo en el mundo inorgánico constituye la forma inferior y más simple de reflejo. Ya al analizar los rasgos generales de esta propiedad universal de la materia hacíamos mención a algunas de las características específicas de los procesos de reflejo al nivel de los fenómenos físico-químicos, es decir, en el mundo inorgánico. En particular se planteaba el hecho de que la interacción a este nivel conducía, de manera general, a la destrucción cualitativa de los objetos y que, en dicha interacción, era difícil determinar la dirección del reflejo, es decir, quien realiza la acción y quien la recibe.

Es en este nivel, además, donde el reflejo posee un carácter menos activo en el sentido de que no hay utilización orientada de la información y, por lo tanto, se encuentra más directa e inmediatamente vinculado a los procesos de interacción.

Pudieran mencionarse otros rasgos específicos del reflejo en la naturaleza no viva. Sin embargo, pensamos que con lo expuesto se cumple ya nuestro objetivo: mostrar la continuidad y, a la vez, el salto cualitativo que representa el surgimiento de la vida en la evolución de las formas de reflejo.

El origen de la vida significó un jalón enorme en el desarrollo de la materia. Con ella aparecen las formas biológicas de reflejo que no se reducen ya a las formas físico-químicas, a pesar de contenerlas.

A nivel de la naturaleza viva la forma más generalizada (inherente a todo lo vivo) de reflejo de la realidad es la irritabilidad. La irritabilidad consiste en la capacidad de la materia viva de reaccionar ante aquellas influencias del medio externo que poseen una significación vital (positiva o negativa) para ella. V.I.Lenin calificó la irritabilidad como una propiedad fundamental de todo lo vivo, una premisa necesaria para el surgimiento del psiquismo.

La irritabilidad, surgida sobre la base de los procesos biofísicos y bioquímicos, es la forma más elemental de reflejo biológico, que caracteriza ante todo a los organismos más simples y a las plantas.

La irritabilidad representa una forma superior de reflejo comparada con el reflejo en el mundo inorgánico. Ella permite regular el proceso de interacción (expresado en el intercambio de sustancias) del organismo con el medio, lo cual resulta imprescindible para la conservación y defensa de la vida por parte de estos organismos.

Es por esta razón que la irritabilidad surge con la vida

misma y la acompaña en su evolución hasta las formas superiores y más complejas de organización biológica de la materia. Sin embargo, el proceso de interacción de los organismos con el medio cambia progresivamente, se desarrolla, se complejiza. El mismo medio se hace más complejo en la medida en que la materia viva extiende su radio de acción a nuevas zonas.

Como resultado, y como expresión de un largo y complicado proceso de selección natural, donde los organismos con mayores capacidades adaptativas son los que perduran, se produce el desarrollo y perfeccionamiento de esos organismos. La irritabilidad, aunque necesaria, resulta ahora insuficiente para regular el intercambio de sustancias con el medio.

La principal limitante de la irritabilidad consiste en que ella permite al organismo reaccionar sólo ante el contacto directo con los estímulos de significación vital. Pero en las nuevas condiciones de interacción no siempre es posible este contacto directo. Se hace necesaria una forma más mediatizada de reflejo que le permita al organismo adaptarse a un medio más complejo. Como resultado de todo esto surge el psiquismo.

El psiquismo puede ser definido como la capacidad de reflejar estímulos que no poseen una significación biológica directa para el organismo, o sea, la facultad de reaccionar a señales. Una vez surgida, la forma psíquica de reflejo evoluciona mediante diferentes niveles o etapas (el reflejo psíquico-sensorial, el reflejo psíquico-perceptual, la etapa del intelecto concreto y el reflejo psíquico-consciente).

La evolución de reflejo psíquico estuvo permanentemente acompañada por el perfeccionamiento anátomo-fisiológico de

los organismos. Esencial importancia en este proceso tuvo la aparición del sistema nervioso, la especialización de los órganos sensoriales, el desarrollo del cerebro, el surgimiento de la corteza cerebral y de la actividad nerviosa superior.

Todo ello permitió una adaptación cada vez mejor de los seres vivos a un medio que constantemente se complicaba y que, por lo tanto, exigía formas superiores de reflejo que garantizaran una adecuada interacción con el mismo. Del reflejo de estímulos con significación vital directa (irritabilidad) se transitó al reflejo de señales (psiquismo). Estas señales, por su parte, se hacían cada vez más complejas: cualidades aisladas en el caso de la sensación, de objeto integral como un todo, en la etapa del pensamiento manual concreto.

De esta forma, cada nuevo escalón en el desarrollo síquico tuvo en su base el tránsito a nuevas condiciones externas de existencia de los animales y un nuevo paso en la complejización tanto del proceso de interacción del organismo con el medio, como la organización física del propio organismo, alcanzándose la cúspide pre-social de este proceso en la etapa del intelecto concreto.

Por lo tanto, la conducta "intelectual" que es propia de los mamíferos superiores, y que alcanza un desarrollo particularmente alto en los monos antropoides, representa aquella frontera superior en el desarrollo del psiquismo, tras la cual comienza la historia de un psiquismo bien diferente, de nuevo tipo, propio sólo del hombre: la historia del desarrollo de la conciencia humana.

Son muchas y notables las diferencias de la actividad

psíquica animal en comparación con la conciencia del hombre. Entre las más esenciales se encuentran las siguientes:

- a) El psiquismo pre-humano posee un carácter biológico instintivo. El reflejo se produce aquí siempre en relación con aquellos estímulos que poseen una significación biológica directa (irritabilidad) o indirecta, a través del nexo que con la satisfacción de la necesidad biológica, poseen determinadas propiedades aisladas (sensación), uno u otro objeto aislado (percepción), o determinada relación entre los objetos (intelecto concreto).
- b) El animal no es capaz de diferenciar el objeto de su relación con él, el objeto de la necesidad que éste satisface y, por esta razón, no llega a diferenciarse a sí mismo del mundo que le rodea.
- c) La relación del animal con sus semejantes en principio es la misma que con los objetos externos, es decir, también pertenecen al círculo de sus relaciones instintivas y biológicas, aún en el caso de que realicen determinadas actividades de manera conjunta.

El tránsito hacia la conciencia humana, en cuya base se encuentra el paso hacia formas humanas de vida, hacia la actividad laboral humana (social por su naturaleza), está asociado no sólo a los cambios cualitativos ocurridos en la estructuración de la actividad y al surgimiento de una nueva forma de reflejo de la realidad. El psiquismo del hombre no sólo se libera de aquellos rasgos que son comunes a todos los estadios del desarrollo del psiquismo animal y no sólo adquiere rasgos cualitativamente nuevos. Lo principal consiste en que, con el surgimiento del hombre, cambian las

propias leyes que rigen el desarrollo del reflejo. Si a través de toda la historia del desarrollo de la materia orgánica, las leyes que regían el reflejo psíquico eran las leyes de la evolución biológica, con el tránsito a la conciencia humana el reflejo comienza a subordinarse a las leyes del desarrollo histórico-social.

3.3.3 Surgimiento de la conciencia

El surgimiento de la conciencia humana significó el segundo y más trascendental salto en la evolución del reflejo como propiedad universal de la materia. El fundamento de la comprensión científica del proceso de surgimiento de la conciencia se encuentra en las obras de los clásicos del marxismo-leninismo y, muy especialmente, en la obra de Federico Engels "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre".

Como el propio título de esta obra de Engels lo sugiere, el marxismo le atribuye un papel esencial al trabajo en el ~~proceso de~~ surgimiento del hombre y su conciencia. En el milenarío proceso de transformación del mono en hombre fue precisamente el surgimiento de la actividad laboral, quien marcó el hito fundamental para la aparición de la especie humana. El trabajo "es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre". (15)

Lo anterior no debe interpretarse como la atribución de una especie de cualidad mística al trabajo que lo haga capaz, partiendo de la nada y como por arte de magia, de convertir al torpe mono en el hombre inteligente que hoy conocemos. El trabajo está lejos de ser el único factor que propició el

surgimiento del ser humano. En el largo proceso de génesis del hombre jugaron un destacado papel, entre otros factores, la liberación y ulterior perfeccionamiento de la mano simiesca, la transformación paulatina del cerebro, el desarrollo de una alimentación cada vez más variada, la creciente capacidad de adaptación a cualquier clima, la vida y actividad en común y la aparición del lenguaje. Todos estos factores son objeto de análisis en la obra de Engels, no obstante considerarse el trabajo como el principal estímulo y el hilo conductor que permite la acción de los demás factores.

Pero bien, para que lo afirmado hasta aquí con relación al papel del trabajo en la formación de la conciencia humana no se quede en los marcos de una mera declaración, se debe responder a la siguiente pregunta: Por qué razón y de qué forma la actividad productiva y, en especial, la producción de instrumentos de trabajo condujo a la aparición de la conciencia humana? Pero para responder a esta interrogante es necesario antes plantearse y responder otras: qué es la conciencia humana?, por qué es superior al reflejo en el mundo animal?, en qué se diferencia de este último?

"La conciencia, -plantea Marx,- nunca podrá ser otra cosa que el ser conscientizado, y el ser de los hombres es el proceso real de sus vidas" (16).

En estas sencillas palabras de Marx se resalta la característica esencial de la conciencia: ser un reflejo de la vida real de los hombres, lo cual presupone, a su vez, la reproducción y diferenciación consciente por el hombre del contorno en que se desenvuelve, de la relación con ese contorno y de sí mismo.

sólo el reflejo del objeto, sino también el reflejo diferenciado y consciente del sujeto o, lo que es lo mismo, el reflejo del reflejo del objeto).

Este rasgo esencial de la conciencia humana no hubiera podido aparecer si no estuviese vinculado directamente a las nuevas formas de actividad vital humana y, muy especialmente, al trabajo y a la producción de instrumentos de trabajo. Entre la acción simiesca de utilizar algún objeto, fortuitamente caído en su campo visual para alcanzar el alimento o defenderse de los enemigos y la utilización por el hombre, con el mismo objetivo, de la lanza o el cuchillo más tosco y rudimentariamente construido, entre esos dos modos de actuar, existe, a pesar de su semejanza externa, una enorme diferencia cualitativa.

La producción del más elemental instrumento de trabajo exigió del hombre una forma de reflejo sustancialmente distinta a la de los animales superiores. No bastaba ya, ni siquiera, el reflejo de las relaciones entre objetos (propio del pensamiento manual concreto de los antropoides prehumanos). Era necesario diferenciarse a sí mismo de la realidad externa, distinguir la relación propia hacia los objetos de los objetos mismos y de sus nexos, vincular la satisfacción de las necesidades propias con la realización de acciones inmediatas que directamente no la satisfacen, aunque sirven de premisa para ello (el instrumento de trabajo por sí mismo no conlleva a la satisfacción de ninguna necesidad vital); en resumen, era necesario un "reflejo doblado" de la realidad, que permitiera la elaboración de un plan ideal de la acción con un fin preestablecido.

Significa que el "reflejo doblado", como propiedad sustancial de la conciencia, se encuentra genéticamente enlazado con el

Cuando anteriormente hablábamos de las limitaciones del reflejo psíquico prehumano se hacía mención al hecho de que el animal, aun en sus estadios de desarrollo más altos, era incapaz de diferenciarse a sí mismo del mundo que le rodea. Esta limitación le impide reflejar sus propias necesidades, independientemente de los objetos que, de manera inmediata, las satisfacen, y de ahí su incapacidad para proyectar esas necesidades hacia el futuro, preveer las vías para su satisfacción y procurar los medios necesarios para ello. (Aquí no se toma en cuenta, por supuesto, los casos en que la conducta dirigida a la satisfacción futura de las necesidades es absolutamente instintiva y genéticamente preestablecida).

De ahí la superioridad inobjetable de la conciencia humana que, a partir del reflejo diferenciado de la realidad, del propio hombre y de la relación entre ellos, permite el establecimiento de un fin consciente de la actividad dirigido a la satisfacción, no sólo de la necesidad biológicamente inmediata, sino también de otras necesidades desplazadas en el tiempo hacia el futuro, lo cual presupone que no siempre coincidan el fin de la actividad con la satisfacción de la necesidad con la cual esa actividad está enlazada y que en un inicio es también de tipo biológico.

Con el desarrollo del hombre y la sociedad, ese nexo entre actividad y necesidad biológica se hace cada vez más mediato, surgiendo toda una serie de eslabones intermedios nuevos que, con el tiempo, hacen aparecer otras necesidades, no ya de tipo biológico, sino sociales (económicas, políticas, morales, estéticas, religiosas, cognoscitivas, etc.). Puede aquí apreciarse cuán importante y significativa resulta esta peculiaridad de la conciencia humana que, a primera vista, se presenta sólo como uno más de sus rasgos, y que se ha dado en llamar reflejo doblado de la realidad (ya que presupone no

paso hacia la producción de instrumentos de trabajo. Pero este paso hacia la actividad productiva, que comienza precisamente con la elaboración de los instrumentos de trabajo, reforzó la necesidad de la vida en comunidad. Era imposible desarrollar con éxito las tareas productivas, cada vez más complejas, sin el esfuerzo conjunto y la ayuda mutua de los hombres en formación. Con el tiempo, el trabajo en común exigió una forma superior de comunicación, como resultado de lo cual fue surgiendo, poco a poco, el lenguaje articulado. Se había dado el segundo paso decisivo. "Primero el trabajo, luego y con él la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano."
(17)

El lenguaje constituye un sistema de símbolos o de signos de los objetos de la realidad, de sus propiedades y nexos, que representa un instrumento imprescindible del pensamiento humano. Es, al decir de los fundadores del marxismo, la realidad inmediata del pensamiento y la envoltura material de la conciencia humana. El lenguaje, de una u otra forma y casi sin excepción, está presente siempre en la actividad pensante humana, por supuesto, no siempre en su forma externa y sonora, sino también a través del lenguaje interno, inaudible. De ahí el enorme papel desempeñado por el lenguaje en el surgimiento y desarrollo de la conciencia del hombre.

Por eso, más que la aparición de un medio idóneo para la comunicación directa, el surgimiento del lenguaje significó para el hombre la posibilidad de desarrollar el pensamiento lógico-abstracto, otro de los rasgos distintivos de la conciencia humana. Cada palabra, por muy primitiva que ella sea, implica ya una generalización, una abstracción, debido a

que constituye la expresión simbólica de una imagen conceptual de la realidad, alcanzada a través de determinados procesos del pensamiento lógico. El desarrollo del lenguaje fue requisito indispensable para el paso de la manipulación directa de los objetos a las operaciones con sus imágenes conceptuales y, por lo tanto, para el tránsito del pensamiento manual-concreto de nuestros antepasados simiescos al pensamiento lógico-abstracto del hombre actual. Y una vez más, observamos que la génesis de esta propiedad de la conciencia tiene su fuente también en el trabajo y en la producción de instrumentos como su primer momento.

La posibilidad de realizar una acción planificada sobre la naturaleza, dirigida a la satisfacción de sus necesidades, la existencia del lenguaje como medio de comunicación y de operar con conceptos, unidas a la necesidad permanente de perfeccionar la actividad productiva y la elaboración de instrumentos de trabajo, permite (y a la vez obliga) al hombre a desarrollar un nuevo tipo de mecanismo para la asimilación, conservación y transmisión de las experiencias, no conocido por sus predecesores. Ya el vínculo del hombre con sus semejantes rebasa los marcos de una relación puramente biológica e instintiva. Para él los otros son más que una parte de la naturaleza; son, junto a sí mismo, el sujeto colectivo de la transformación consciente de la realidad, son seres sociales distintos y contrapuestos al resto de la realidad. Bajo estas condiciones, y para la realización de la actividad productiva común, resultan insuficientes los mecanismos de transmisión y asimilación de experiencias con los cuales la naturaleza dotó a los animales.

Como es conocido, los animales están capacitados para dos tipos posibles de experiencias. Una de ellas es la

genéticamente heredada, transmitida de generación en generación a través del código genético de los ácidos nucleicos que componen las células, y que es capaz de diseñar conductas tan complejas y asombrosamente "perfectas" como la de las abejas, las hormigas o los castores. El segundo tipo de experiencia está relacionado con la vida individual del organismo y permite la asimilación de determinados patrones conductuales, vinculados al entorno en que estos organismos se desenvuelven sobre la base de la elaboración de reflejos condicionados.

La virtud de la primera experiencia consiste, ante todo, en el enorme papel por ella desempeñado, en la evolución de las especies, permitiendo fijar para los futuros estadios evolutivos las mejores características de cada una de ellas. Además, este primer tipo de experiencia permite la transmisión de la información, de manera automática y antes del nacimiento mismo del organismo. Su limitación radica en su extrema rigidez que impide la reacción adecuada ante un cambio de situación no "previsto" en el código genético. Esta limitación es superada, en parte, por el segundo tipo de experiencia que permite al animal cierto "aprendizaje" durante su vida, al establecer asociaciones temporales entre sus instintos y las disímiles situaciones en que se realiza su actividad vital, elaborando, de esta forma, los llamados reflejos condicionados.

La dificultad de este tipo de experiencia individual consiste, precisamente, en su carácter individual, en el hecho de que, por lo general, muere con la muerte del organismo, limitando extraordinariamente las posibilidades de que cada nuevo organismo amplíe el círculo y el alcance de sus reacciones conductuales en comparación con sus predecesores

Precisamente otro de los rasgos más importantes de la conciencia humana consiste en que su contenido está surtido, además de por las formas de experiencia propias de los animales, por un mecanismo específicamente humano para la asimilación, conservación y transmisión de la información: la experiencia histórico-social.

Este tercer rasgo fundamental del reflejo consciente, estrechamente vinculado a los otros dos (reflejo doblado y pensamiento lógico-abstracto) muestra la esencia social de la conciencia humana y marca el sello distintivo de la actividad vital del hombre. Realmente tal forma de experiencia tiene sentido sólo en la sociedad, en la actividad socializada y, en sus inicios, como engendro necesario de la actividad productiva conjunta. De qué forma hubiera sido posible el perfeccionamiento constante de los instrumentos de trabajo, la acumulación de experiencias productivas y su transmisión de unos hombres a otros, si éstos hubiesen contado sólo con su información genética y con la posibilidad de crear sólo reflejos condicionados que desaparecen con la vida de cada individuo? Hubiera sido sencillamente imposible.

Significa que también en este caso el trabajo es el responsable máximo de la presencia de este rasgo en la conciencia humana. Podemos representarnos cuán importante ha sido el mismo para el desarrollo del hombre. El surgimiento y perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo y del lenguaje, la conversión de la experiencia individual en experiencia colectiva, abrió la posibilidad para el desarrollo ilimitado del género humano, ya no sobre una base biológica, sino social.

Con ello los éxitos alcanzados por el individuo o por una

generación de individuos en el dominio de la naturaleza, se transmiten a las generaciones siguientes y le sirven de base para la obtención de nuevos éxitos. Todo lo diferente que es el hombre de hoy de aquellos primeros seres humanos acabados de salir del reino animal, toda su superioridad humana, se debe precisamente a la experiencia histórico-social acumulada y convertida en patrimonio de cada nueva generación. El contenido de cualquier sistema educacional no es otra cosa que la reproducción abreviada de la historia social del hombre, quien, a partir de esa educación, se encuentra preparado para la obtención de nuevos niveles de desarrollo. Por esta razón, cada generación humana, como tendencia, debe necesariamente ser superior a las anteriores.

Y bien, hemos visto cómo el trabajo y la producción de instrumentos, a pesar de no ser el único factor influyente en el proceso de antropogénesis, constituyó la causa fundamental del surgimiento de la conciencia y de sus rasgos fundamentales, en particular, de los tres que hemos analizado hasta el momento: el reflejo doblado de la realidad (reflejo diferenciado del objeto y del sujeto, así como de su relación), el pensamiento lógico-abstracto (fundamento para las operaciones con imágenes conceptuales) y la asimilación, utilización y enriquecimiento de la experiencia histórico-social (base para el perfeccionamiento permanente del género humano).

Sin embargo, no son éstos los únicos rasgos de la conciencia humana, aunque sí los que más se ponen de manifiesto en el proceso de su surgimiento. Un análisis más integral de la conciencia debe tener en cuenta que el mismo no se agota con la explicación de su génesis histórica. No se trata de un fenómeno que, una vez surgido, caracterice automáticamente a cada ser humano. En cada individuo, en cada generación y en

cada sociedad la conciencia se recrea a sí misma como resultado de la influencia de las condiciones materiales de vida y la actividad vital humana. Pasemos entonces a analizar a la conciencia desde este nuevo ángulo.

3.3.4 Origen material de la actividad consciente humana. Lo material y lo ideal en su acepción marxista

El análisis de la evolución del reflejo hasta el surgimiento de la conciencia humana muestra cómo esta última es el resultado del desarrollo de la materia y de sus formas de movimiento. Tal análisis, basado en los aportes de la filosofía marxista y las ciencias naturales, al demostrar el origen de la conciencia como producto directo de la materia altamente organizada existente sólo al nivel de la forma social de movimiento, constituye un potente argumento en contra de las diferentes interpretaciones idealistas que conciben a la conciencia o bien como un fenómeno eterno anterior, incluso a la existencia de la materia, o bien como una propiedad divina surgida por la voluntad de Dios, lo cual presupone también su existencia (en Dios) antes de la materia.

Parecería que con ello queda absolutamente refutada la solución idealista al problema fundamental de la filosofía y, por ende, confirmada científicamente la solución contraria, es decir, la materialista. Sin embargo, la experiencia histórica revela que un análisis como el anterior, si bien muy necesario y, hasta cierto punto, imprescindible, resulta insuficiente para ofrecer una respuesta consecuentemente científica y materialista al eterno problema de la relación entre la materia y la conciencia.

Muchos filósofos han llegado a aceptar el surgimiento de la

conciencia como resultado de la evolución de la materia orgánica hasta la aparición del hombre y, en este sentido, han reconocido la primacía genética de la materia con relación a la conciencia. Sin embargo, a partir de ahí, al intentar explicar cualquier fenómeno humano, lo han hecho basados exclusivamente en la conciencia. Así interpretan, digamos, la conducta moral del hombre, su creación estética o científica, su actitud política, sus creencias religiosas, etc.; así se explican también los diferentes acontecimientos históricos e, incluso, todo el desarrollo histórico de la sociedad humana; en todos los casos siempre sólo a partir de las ideas de los hombres.

De esta forma la solución materialista al problema fundamental de la filosofía queda sólo a medio camino; se reduce a la génesis histórica de la conciencia, sin alcanzar a explicar lo que sin dudas es más esencial: el origen permanentemente material de la conciencia humana y, por lo tanto, de todos los fenómenos y procesos sociales en que ella participa.

Por esa razón, demostrar consecuentemente la primacía de la materia con relación a la conciencia, de lo material con respecto a lo ideal es posible, no sólo explicando la forma por medio de la cual en un momento determinado de su desarrollo la materia en movimiento dio lugar al surgimiento de la conciencia, sino revelando también el mecanismo de formación de las imágenes ideales, a partir del mundo material con el que el hombre constantemente interactúa.

De la misma forma que históricamente la conciencia surge como un producto necesario del trabajo y de la producción de instrumentos, la formación, permanencia y ulterior desarrollo de las imágenes ideales del mundo material, no son el

resultado de la casualidad, sino la respuesta a necesidades de la actividad humana y, ante todo, de la actividad práctico-transformadora. Sólo partiendo del análisis de la relación activa del hombre con el mundo que le rodea, puede lograrse una comprensión consecuentemente materialista del proceso de determinación de lo ideal por lo material y del origen material de la actividad consciente humana. Es por eso que, ante todo, se hace necesario analizar qué es la actividad humana y cómo a través de ella se produce tal determinación.

Hemos señalado cómo el hombre pudo elevarse por encima del reino animal, una vez que fue capaz de transformar conscientemente la realidad circundante con un fin preestablecido: poner esa realidad al servicio de la satisfacción de sus necesidades. En ello radica la gran diferencia entre el hombre y los animales. "Lo único que pueden hacer los animales -escribía F. Engels- es utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina. Y ésta es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales..." (18)

Precisamente la categoría de actividad fija ese modo específicamente humano de relacionarse con la realidad, al definirse como el proceso de realización de un objetivo previamente establecido, cuyo resultado, además de implicar un cambio de la realidad, posee una determinada significación para el hombre y para la satisfacción de sus necesidades. Es mediante su actividad que el hombre modifica a la naturaleza y la domina, la convierte en una naturaleza humanizada o en una segunda naturaleza, como le llamara Marx. Como resultado, cambia no sólo el mundo exterior al hombre, sino también él

mismo, haciéndose más hombre, más distinto de la naturaleza, más dueño de ella. Es por esa razón que puede decirse que la actividad es el modo mismo de existencia del hombre y de todo el proceso histórico socio-humano.

Como hemos visto, la actividad humana se caracteriza por una finalidad consciente. Esta finalidad es libremente establecida por el hombre, como resultado de las exigencias concretas que su situación real implica y que permite siempre la elección entre varias opciones, algunas de las cuales pueden, incluso, estar alejadas (y hasta ser contrapuestas) a la satisfacción inmediata de sus necesidades individuales.

Esta libertad, por lo tanto, no significa actuar en contra de las leyes objetivas (aunque esto es también una posibilidad), sino la capacidad de la actividad humana de levantarse por encima de las demandas concretas de la situación particular o individual del hombre y elevarse hasta el cumplimiento de otros fines sociales. Sólo esta característica de la actividad humana puede explicar cómo el hombre es capaz, en ocasiones, de hacer dejación de la satisfacción de sus más elementales necesidades y llegar incluso a ofrendar su vida en aras de determinados ideales sociales como el patriotismo o el internacionalismo.

Y es que, a diferencia de la conducta animal, la actividad humana se guía por programas socio-culturales históricamente elaborados, sometidos a desarrollo y perfeccionamiento y a una posibilidad permanente de reprogramación, que garantiza no sólo la mera adaptación individual al medio sino su transformación socialmente creadora. Por eso la actividad humana debe ser entendida, ante todo, como actividad conjunta social, socialmente organizada y canalizada, regulada culturalmente. De ahí que la realidad social (socializada,

humanizada) sea, a la vez, un engendro de la actividad y una premisa y condición para ella.

Como quiera que toda actividad humana, dirigida a la transformación de la realidad, requiere no sólo de la fuerza material necesaria que permita dicha transformación, sino además de un fin consciente, de un proyecto o plan previo, distinto esencialmente a la acción material misma, pero que a la vez se vincula orgánicamente a ella en tanto la guía y es su modelo consciente, surge la necesidad de una categoría especial para designar la naturaleza cualitativamente diferente de ese fin, proyecto, plan o modelo consciente de la actividad: la categoría de lo ideal, categoría especialmente diseñada para expresar este fenómeno propio sólo del hombre.

Con relación a esto, Marx hacía una interesante comparación: "Una araña -decía- ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que, antes de comenzar el proceso, existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal". (19)

Significa que la naturaleza ideal de la conciencia humana, fenómeno que ha sido objeto de tantas maquinaciones intelectuales a través de la historia del pensamiento filosófico, no constituye ninguna propiedad mística ni el resultado de la voluntad divina. Tampoco es una cualidad natural con la que está dotado todo ser humano, sino que es

un producto necesario de la propia actividad social dirigida a la transformación práctica de la realidad. En otras palabras; lo ideal existe en tanto es necesario para la vida humana y debe comprenderse como un momento de ésta, como su plan y, a la vez, como lo veremos a continuación, su resultado.

Ya habíamos visto cómo el proceso de la actividad necesita de un plan o proyecto ideal que lo guíe y que se elabora previamente en la cabeza del hombre. Visto sólo desde este ángulo da la impresión de que lo ideal precede a la actividad material transformadora y que, por lo tanto, es necesario explicar ésta última por la primera, tal y como lo han hecho todos aquellos filósofos que presentan a la vida social en su conjunto como producto de la conciencia de los hombres. Vemos que esta ilusión posee su fundamento real en el hecho, no menos real, de que la actividad humana siempre es consciente y siempre es el resultado directo de la conciencia del hombre.

Pero se trata de que lo ideal no es sólo el plan o proyecto previo de la actividad, sino que, para serlo, tiene ante todo que existir, tiene que surgir. Y cómo surge? Pues como resultado de la actividad misma; por supuesto, no de aquella actividad de la cual él es el proyecto (aunque en el curso de la actividad el proyecto ideal también varía como respuesta a las exigencias de ésta), pero sí como resultado de la actividad precedente, y no sólo de la actividad precedente del sujeto individual, sino de toda la actividad social humana anterior, fijada y transmitida por ese mecanismo especial con que cuenta el hombre: la experiencia histórico-social.

En el transcurso de la actividad práctica milenaria del

hombre se van creando determinadas imágenes o esquemas ideales de dicha actividad. Los esquemas elaborados como resultado de la actividad transformadora humana se convierten en programas estereotipados de acción, en paradigmas de determinados tipos de transformación de la realidad, en normas y valores ideales que se interiorizan y guían la actividad ulterior del individuo.

Quiere decir que, previo a la conversión del proyecto ideal en actividad material transformadora y, por consiguiente, en realidad material transformada, tuvo que existir un proceso inverso de surgimiento de lo ideal a partir de la actividad material. Como resultado, observamos la existencia de una cadena infinita de transformaciones de lo material en lo ideal y de lo ideal en lo material.

De acuerdo, -nos dirá nuestro oponente idealista,- pero si esa cadena es infinita y unas veces lo material se transforma en lo ideal y otras veces lo ideal en lo material, ¿de dónde puede sacarse la conclusión de que lo material es lo primario?

La respuesta a esta interrogante es la siguiente. Hemos visto que todo este proceso de conversión mutua de lo material y lo ideal ocurre (y sólo puede ocurrir) a través de la actividad, la cual ^{es} dirigida a la satisfacción de las necesidades del hombre mediante la transformación de la realidad. Pero, para ello la actividad tiene que estar en correspondencia con el objeto de su transformación. De qué satisfacción de necesidades y de qué transformación de la realidad podría hablarse si la actividad no fuese adecuada a las características, propiedades y forma del objeto material? Por lo tanto es ese objeto material, existente fuera e independientemente de la conciencia del hombre quien

determina las formas y las peculiaridades de la actividad humana y, a través de ella, los esquemas ideales de dicha actividad. En conclusión, lo ideal -como señalara Marx- no puede ser otra cosa "que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre". (20)

Con ello queda teóricamente demostrada la solución materialista al primer aspecto del problema fundamental de la filosofía, solución que tiene su demostración práctica en toda la historia del desarrollo de la sociedad humana. Podemos considerar entonces que, para nosotros, la primacía de lo material con relación a lo ideal constituye un hecho confirmado. Pero, como se ha podido apreciar, la relación entre lo material y lo ideal no se reduce a su contraposición desde el ángulo de cuál de los dos es primario y determinante. En realidad esto constituye sólo un aspecto de su relación. Como expresara V.I. Lenin, "la oposición entre la materia y la conciencia tampoco tiene significado absoluto más que dentro de los límites de un dominio muy restringido: en este caso, exclusivamente dentro de los límites de la cuestión gnoseológica fundamental acerca de qué se debe tomar por lo primario y qué por lo secundario. Más allá de estos límites la relatividad de tal oposición no suscita duda alguna". (21)

Ciertamente, más allá de esos límites nos encontramos con una estrecha unidad entre lo material y lo ideal y con un proceso permanente de conversión de lo material en lo ideal (idealización, desobjetivación o descosificación) y de lo ideal en material (materialización, objetivación o cosificación) (22). Se trata de dos procesos (o de un único proceso doble) que no sólo se suceden el uno al otro, sino que se condicionan mutuamente, se interpenetran. Sólo a través de la descosificación de la realidad puede el hombre

crear las imágenes ideales necesarias que guíen su actividad ulterior. Y sólo cosificándose y expresándose a sí mismo en forma de actividad externa puede él transformar la realidad dando origen a nuevas imágenes ideales y, por lo tanto cambiándose a sí mismo.

Por supuesto que este ininterrumpido proceso de idealización y materialización a través de la actividad del hombre transcurre no de manera inmediata, sino a través de una serie de fases. Resultaría muy difícil captar toda la complejidad necesarias variaciones de cada una de estas fases, así como la multitud de factores que, en cada caso, intervienen. Si embargo, es posible exponer un esquema aproximado de los principales momentos por los que atraviesa este proceso. Tal esquema sería más o menos el siguiente:

- I.- Transformación de la forma (propiedades, características, etc.) del objeto en forma de actividad externa objetual. Partiendo de determinadas tareas, fines necesidades y apoyándose en los instrumentos creados por la sociedad, el sujeto va "moviéndose" por el objeto, lo va modelando en un sistema de operaciones práctico-objetuales que, a fuerza de su repetición, se van estereotipando y permiten una cada vez mejor manipulación del objeto.

- II.- Transformación de la forma de la actividad externa objetual en imágenes ideales. En el proceso de interacción del sujeto con el objeto determinados sistemas de acciones, en cuya forma se realiza la modelación del objeto, comienzan a pasar del plano externo al interno se interiorizan, convirtiéndose en esquemas ideales de la actividad.

III.- Actividad intelectual. Los esquemas ideales creados permiten que el hombre opere no ya con los objetos mismos, sino con sus imágenes sustitutas. Ahora continúa la actividad, pero a nivel ideal, permitiendo la labor creadora y constructiva del intelecto humano, de la conciencia. Una particularidad de este nivel ideal es que la transformación de la imagen del objeto ocurre sin que cambie el propio objeto material. Las imágenes formadas anteriormente sirven de base y de material de partida para la creación de nuevas imágenes que pueden, incluso, no tener su correlato objetivo en la realidad material actual. (Es el caso de los objetos ideales -el punto, el gas ideal, etc.- del reflejo del pasado, o del reflejo adelantado del futuro). Esto es posible, porque en forma ideal se reproducen no sólo el objeto y sus propiedades, sino también las regularidades de su desenvolvimiento y desarrollo que se convierten, primero, en regularidades de la propia actividad práctica y, después, en regularidades y leyes del propio pensamiento humano, en esquemas de la misma actividad ideal. "La práctica del hombre, -decía Lenin,- que se repite miles de millones de veces, se consolida en la conciencia del hombre por medio de figuras de la lógica. Precisamente (y sólo) debido a esta repetición miles de millones de veces, estas figuras tienen la estabilidad de un prejuicio, un carácter axiomático." (24). Un elemento muy importante de esta actividad ideal creadora es la formación de las imágenes que permiten fomentar el plan de la actividad material ulterior, cuyo resultado, de esta forma, está ya representado idealmente antes de su materialización.

IV.- Transformación de las imágenes ideales en forma de actividad. El plan ideal de acción es convertido por el

sujeto en actividad, que busca obtener un determinado fin prefijado. Esta actividad parte del conocimiento previo del objeto y de sus regularidades y está dirigida, con la ayuda de los instrumentos con que cuenta el hombre (o con otros creados para el caso), a la transformación del objeto mismo.

V.- Transformación de la forma de actividad en forma de objeto. Como resultado de todo este proceso ocurre la metamorfosis del objeto que, de esta forma, transformado, sirve a las necesidades e intereses del hombre. Se trata no ya de un simple objeto natural. Además de las propiedades físicas, químicas o biológicas que conserva ese objeto, ha adquirido ahora nuevas propiedades, propiedades sociales. Por lo tanto se trata de un objeto socializado o humanizado como resultado de la actividad consciente y transformadora del hombre. Se ha producido en él la cosificación o materialización de la conciencia humana, lo ideal se ha convertido en lo material.

Reiteramos que el esquema presentado debe ser entendido precisamente como tal, con todas las limitaciones que cualquier esquema presupone. En aras de su simplificación y de demostrar lo que para nuestros fines aquí resulta más esencial -la dinámica de la transformación mutua de lo material y lo ideal- se ha omitido conscientemente, digamos, el papel del lenguaje y de la actividad del cerebro en todo este proceso, no se han tratado con la fuerza que realmente tienen los factores socio-históricos y culturales, etc. Con relación a esto último, debe tenerse en cuenta que cuando aquí se habla del hombre o del sujeto, no se trata de un único individuo, sino del hombre genérico, no necesariamente de un sujeto individual, sino también colectivo o institucional, incluso, de toda la sociedad. Por esa razón,

cada fase, en muchos casos, puede abarcar la actividad no sólo de un individuo, sino también de muchos y, más aún, la actividad de varias generaciones de individuos. Por último, a pesar de que aquí se habla primeramente de la actividad mediante la cual se forma la imagen ideal y después de la actividad conducente a la transformación del objeto, debe quedar claro que esto se hace con el objetivo de ofrecer una cierta linealidad a la descripción del proceso y, de esta forma, facilitar su comprensión. De hecho toda actividad objetual humana tiene un doble resultado: por un lado, la transformación del objeto; es decir, el traspaso de la forma de actividad a la forma del objeto real y, por otro, la creación de imágenes ideales con la información acerca del objeto y sus propiedades, obtenida en el proceso de actividad. En otras palabras, no se trata necesariamente de actividades distintas, aunque no es menos cierto que en ocasiones la actividad está fundamentalmente dirigida a la transformación del objeto material y, en otras (como en la ciencia, por ejemplo) su objetivo esencial es conocerlo.

Pero, así y todo, lo material y lo ideal son componentes que están presentes en toda actividad humana, independientemente de cuál sea su naturaleza. No existe actividad puramente material. La acción más mecánica y estereotipada que realice el hombre (por supuesto, descontamos aquí las reacciones propiamente biológicas del hombre, que éste, en fin de cuentas, como todo animal realiza), como el simple martillar sobre un yunque, estará siempre acompañada y guiada por el componente ideal; unido al producto material de la acción, habrá un producto ideal. Tampoco puede existir la actividad puramente ideal. La creación de una obra literaria, de una melodía musical o de un teorema matemático necesitará, cuando menos, del lenguaje, el pentagrama o determinados símbolos como medios materiales para realizarse y expresarse. El hecho

de que se distingan, en realidad, dos tipos de actividad, la material o práctica, por un lado, y la ideal o espiritual, por otro, se explica por el resultado fundamental que se espera obtener con cada tipo de actividad -la transformación material del objeto o la obtención de imágenes ideales-, y, consecuentemente, por el tipo de necesidad que ese resultado de manera inmediata satisface: material o espiritual.

Esta distinción es sumamente necesaria, a ella están asociados también los conceptos de producción material y producción espiritual; pero esto en ningún caso significa que en la actividad y producción material esté ausente el componente ideal, ni que en la actividad y producción espiritual no participe ningún elemento material.

Y bien, a pesar de sus limitaciones, el esquema presentado nos ha permitido mostrar el mecanismo real del proceso permanente de cosificación y descosificación que caracteriza la interacción del hombre con el mundo que le rodea y que ha posibilitado la creación de toda la cultura material y espiritual, de la que hoy la humanidad dispone. Con ello se pone en evidencia la relatividad de la oposición entre lo material y lo ideal y la existencia y desarrollo de lo ideal, como un resultado y una necesidad de la actividad humana y, ante todo, de la práctica transformadora de la realidad.

Pero además, toda la descripción anterior nos hace percatarnos de que es precisamente la categoría de lo ideal la que permite destacar la característica esencial de la conciencia como un producto particular, diferente cualitativamente a cualquier proceso material, apuntándonos hacia su principal propiedad como conciencia humana: ser un reflejo ideal de la realidad objetiva.

En efecto, al comprenderse lo ideal como la imagen o esquema que se forma en el hombre de su propia actividad real objetiva y, a través de ella, del objeto exterior mismo, queda claro que esta categoría tiene como función fundamental caracterizar el reflejo propiamente humano de la realidad, ya que sólo en la conciencia humana el reflejo del objeto es mediado por un proyecto mental de acción con dicho objeto, lo que da lugar a la existencia de una especie de "mundo" distinto y, a la vez, estrechamente unido al mundo material: el mundo de las ideas, de las teorías, de los sentimientos.

Lo ideal es la imagen subjetiva del mundo objetivo. Es una creación del sujeto que tiene como referente y contenido el propio mundo objetivo. A cualquier fenómeno ideal siempre corresponde, directa o indirectamente, algo material, algo existente objetivamente, cuya transformación en ideal ha sido posible gracias a que ese "algo" resultó de alguna manera incluido en el proceso de la relación activa del hombre con la naturaleza o con otros hombres. Con la aparición de lo ideal este proceso material continúa su desarrollo, en muchas ocasiones, ya en unidad con lo ideal, utilizando a este último, a través de la actividad humana, como premisa y condición para su ulterior desenvolvimiento. Por lo tanto, la diferencia y, a la vez, la unidad entre lo material y lo ideal consiste en que la actividad ideal está dirigida directamente a transformar la imagen del objeto, mientras que la actividad material está orientada a transformar el objeto mismo. De esta forma, la actividad ideal debe interpretarse como un momento, fase o estadio necesario de la propia transformación material del mundo.

Esta unidad de lo material y lo ideal que observamos fuera ya de su contraposición, en los marcos del problema fundamental de la filosofía, no significa que sea posible, en algún

momento, pasar por alto la diferencia entre ellos y llegar incluso a identificarlos, como ha ocurrido en algunas ocasiones en el desarrollo del pensamiento filosófico.

A veces, dentro de la propia literatura marxista, se ofrece, a nuestro juicio incorrectamente, una interpretación más amplia del concepto de lo ideal, no sólo como imagen del mundo objetivo, sino también como componente de aquellos objetos que son productos de la actividad humana y que, al ser resultado de la objetivación del propio hombre, se convierten, según esta interpretación, en portadores de lo ideal. Como ejemplos supuestamente más elocuentes de lo anterior se traen a colación aquellos productos de la actividad humana, donde la creación espiritual del hombre es evidentemente imprescindible: un libro, una estatua, un espectáculo teatral, una obra arquitectónica, etc.

El libro, la estatua, el espectáculo teatral, así como cualquier otro producto de la actividad consciente humana, son realmente cosas distintas a los objetos puramente naturales, son fenómenos sociales, naturaleza socializada, cosificación o materialización de las ideas de los hombres, que se convierten en lo que son gracias a un proceso que, a pesar de su lado ideal siempre presente, es eminentemente material: la actividad práctica. Por lo tanto, el libro, la estatua, el espectáculo teatral, no son ideales, como tampoco lo son un edificio, una presa o un campo sembrado de caña; son productos de la materialización de determinadas ideas que dejan de ser ideales (si descontamos lo que sigue quedando en la cabeza del hombre) con su materialización. Parafraseando a Marx podríamos decir que de la misma forma que en la idea de casa no hay ni siquiera un átomo de cualquier casa material, en esta última no hay ni siquiera un "átomo" de la casa ideal, aunque ella haya existido antes en forma ideal en la

cabeza del arquitecto.

Otra variante, mucho más burda y errónea de la identificación (o confusión) de lo ideal y lo material es aquella que parte de la incorrecta comprensión de la relación conciencia-cerebro, problema en el que nos detendremos ahora brevemente.

Los nuevos e indiscutibles descubrimientos de las ciencias naturales en favor del condicionamiento de la actividad de la conciencia por parte de la actividad del cerebro han servido, en distintos momentos históricos, como fundamento para la concepción materialista vulgar, según la cual el cerebro humano produce lo ideal, del mismo modo en que determinadas sustancias materiales son producidas por otros órganos del cuerpo. Según los materialistas vulgares la conciencia constituye una variedad de la materia, una respuesta fisiológica ante la influencia sobre el organismo del medio ambiente, una secreción del cerebro semejante a la secreción de la bilis por el hígado.

Una variante más actual de esta tendencia materialista vulgar constituye aquella que se empeña en presentar al pensamiento como el conjunto de oscilaciones electromagnéticas irradiadas por el cerebro. Ciertamente, durante su actividad el cerebro irradia constantemente ondas electromagnéticas que al ser fijadas en una película, pueden servir de mucho para la investigación científica de la actividad cerebral y su relación con la conciencia. Sin embargo, en ningún momento podremos descubrir el contenido del propio pensamiento sobre la base del análisis de estas ondas electromagnéticas. Esto es imposible debido a la diferencia cualitativa existente entre la actividad material del cerebro (incluidas tanto la actividad fisiológica como la electromagnética) y su producto ideal: la conciencia (que no es sólo producto de la actividad

cerebral, sino también, y ante todo, de la interacción del sujeto con el medio social exterior). De la misma forma que las leyes biológicas no pueden explicar, por sí solas, el comportamiento social de los individuos, el análisis de la actividad material del cerebro no puede descubrir el contenido de los procesos ideales del pensamiento humano, y mucho menos es factible identificar unos y otros procesos. "Que el pensamiento y la materia son 'reales', -decía Lenin,- es verdad. Pero calificar el pensamiento de material es dar un paso en falso hacia la confusión entre el materialismo y el idealismo". (2ª)

Lo anterior no minimiza en lo absoluto la importancia real del cerebro en la producción de la conciencia humana. Como es conocido existe un nexo estrecho entre el desarrollo del cerebro y el nivel de reflejo psíquico de la realidad. Para poner sólo un ejemplo, mientras que en el chimpancé la sustancia cerebral ocupa un volumen de unos 400cm cúbicos, en el hombre contemporáneo éste es de alrededor de los 1400cm cúbicos. Son conocidos los experimentos en los que se han colocado a algunos de estos mono antropoides (considerados dentro de los de más alto desarrollo en el mundo animal) en condiciones sociales de vida desde su mismo nacimiento y sujetos al mismo tratamiento que un niño recién nacido y, sin embargo, no han alcanzado a realizar las funciones típicamente humanas, ni se ha formado en ellos la conciencia.

Esto significa que sólo la compleja estructura neuronal del cerebro humano puede constituirse en el fundamento fisiológico del pensamiento y de la actividad consciente del hombre, en el órgano que permite la reelaboración de la información aportada por los órganos de los sentidos y la programación de la conducta del hombre. No es casual por eso que con la afectación de la actividad de algunas de sus

secciones, en especial de la capa superior de la corteza, ocurren desequilibrios serios de las funciones psíquicas, de la conducta y de la conciencia. De ahí que podamos afirmar con Engels que "nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy trascendentes que parezcan, son el producto... de un órgano material, físico: el cerebro". (24)

Sin embargo, tampoco debe sobrevalorarse el papel del cerebro en la formación de la conciencia. El cerebro, por sí sólo, es insuficiente para que el hombre pueda pensar. El pensamiento, a pesar de que está vinculado a la actividad biológica y tiene a ésta como premisa indispensable, es un producto eminentemente social. Son conocidos los casos de niños que desde pequeños han vivido y crecido entre animales. No se les ha desarrollado el pensamiento, no han llegado a dominar el lenguaje ni realizar acciones humanas elementales como sujetar una cuchara o sentarse sobre una silla. Por lo general estos niños poseían un cerebro biológicamente normal y, sin embargo, no llegaron a convertirse en hombres en el sentido propio de la palabra.

Quiere decir que la presencia sólo de los factores biológicos (un cerebro normal y un cuerpo saludable) es insuficiente para el surgimiento de la conciencia. La conciencia y el pensamiento se forman sólo bajo la influencia de condiciones sociales. Podemos afirmar entonces que no es el cerebro por sí mismo el que piensa, sino el hombre con ayuda del cerebro, es decir, el individuo entrelazado en la red de relaciones sociales, mediatizadas siempre por cosas materiales creadas por el hombre y para el hombre. El cerebro, por lo tanto, es sólo el órgano material, anatomo-fisiológico, con el que el hombre ejecuta su actividad ideal, social por su naturaleza.

3.3.5 Carácter social de la conciencia y conciencia social.

Conciencia social y conciencia individual.

Vale la pena detenerse ahora en la comprensión de la naturaleza social de la conciencia. En determinado sentido puede decirse que en ello radica la esencia del vuelco revolucionario que significó el surgimiento del marxismo en el tratamiento de esta categoría. El estudio de la conciencia como fenómeno social le permitió al marxismo superar la visión naturalista propia del materialismo premarxista, que comprendía a lo ideal como resultado automático del funcionamiento del cerebro, sin tomar en consideración su condicionamiento y funciones sociales. Al mismo tiempo tal comprensión de la conciencia dio la posibilidad de un tratamiento cualitativamente nuevo de su carácter activo, distinto al que ofrecía el idealismo, es decir, no como resultado de una fuerza autónoma e inmanente a lo ideal mismo, sino como producto y condición del propio decursar objetivo de la sociedad en su desarrollo.

La conciencia, en su comprensión dialéctico-materialista, surge, funciona y se desarrolla como producto de la interacción del hombre con la realidad. Pero se trata de un hombre eminentemente social, producto de la práctica socio-histórica precedente e inmerso en el conjunto de relaciones sociales de su época, para quien la conciencia es una necesidad, un producto y un instrumento de su actividad como hombre social.

La conciencia es social ya genéticamente, por su origen. Es cierto que ella es imposible sin la "materia pensante", sin el cerebro, pero el propio cerebro, como engendro de la naturaleza, se hace humano sólo cuando sirve como órgano de la actividad del individuo social, como condición necesaria de su ser social.

Lo anterior no significa la ausencia de individualidad humana en el proceso de formación y desarrollo de la conciencia. Se trata de que el propio sujeto individual, como sujeto de la conciencia, constituye un agente de la actividad social humana, se incluye en un determinado sistema objetivo de relaciones con otros hombres y se apropia de los modos sociales de actividad. Siendo un reflejo, la conciencia es, al mismo tiempo, un engendro y una función de los sistemas sociales de actividad. Y esto significa que su esencia social no se puede deducir del simple reflejo de los objetos en la percepción del sujeto individual, sino, ante todo, del conjunto de nexos y relaciones del sistema social dado que condiciona su existencia como conciencia individual y/o social. Por lo tanto, lo ideal debe ser entendido como un producto eminentemente social; aun cuando su creador es el individuo, éste lleva sobre sí toda la carga social de su época.

El propio contenido de la imagen ideal no es algo puro, natural, tal y como existe en la naturaleza, sino que es un objeto transformado, socializado, humanizado, resultado de la práctica. Su "elección" misma como objeto del reflejo ideal le incorpora ya una determinada función social, lo hace significativo desde el punto de vista social. Esto, sin contar que con el desarrollo de la sociedad humana, la realidad que interactúa con el hombre pertenece cada vez más a la segunda naturaleza, a la naturaleza transformada por la práctica histórico-social de los hombres y que lleva, por consiguiente, su sello distintivo.

Significa que la conciencia es social tanto por parte del sujeto como por parte del objeto, que está socialmente condicionada no sólo porque su productor, el hombre, es él

mismo un producto social, sino además porque el contenido de su reflejo es, por lo general, también de naturaleza social.

Este enfoque de la conciencia como fenómeno social es precisamente lo que distingue la comprensión filosófica marxista de lo ideal de las interpretaciones idealistas y materialistas premarxistas, así como del enfoque científico-natural de los procesos de producción de la conciencia. La comprensión del surgimiento de la conciencia como producto de la evolución del reflejo y el reconocimiento del cerebro como sustrato material del pensamiento no constituyen el fin, sino el inicio de la investigación filosófica marxista de la conciencia, el punto de partida para la explicación materialista de su esencia social y sus funciones en la vida de la sociedad.

En el enfoque y el estudio propiamente filosóficos la conciencia se manifiesta como un fenómeno de magnitud histórico-social. A la filosofía marxista ante todo le interesa el problema de la esencia y función social de la conciencia, comprendida ésta no como un producto espontáneo de la naturaleza, sino como fruto del trabajo humano y del desarrollo social del hombre.

De ahí que para un adecuado tratamiento filosófico de la conciencia sea insuficiente concebirla sólo como la capacidad para el reflejo adecuado de la realidad objetiva, si esta capacidad y sus formas se toman fuera de su nexos con la práctica social humana. La conciencia surge y se desarrolla como resultado de la actividad social y multifacética de los hombres reales que crean y producen no sólo las condiciones y medios materiales de su existencia ("el mundo de los objetos"), sino también sus representaciones, puntos de vista y teorías ("el mundo de las ideas").

Es por estas razones que la filosofía debe abordar la conciencia, ante todo, como fenómeno social global, como cierto subsistema de la propia realidad social con una determinada organización y estructura interna, esto es, como conciencia social o conjunto de ideas, representaciones y teorías que caracterizan la producción espiritual de la sociedad en una determinada época y lugar.

Esencialmente fue esta la forma en que los clásicos del marxismo abordaron el estudio de la conciencia. C. Marx menos que todo se interesó por el surgimiento de la conciencia en las profundidades de la psiquis del individuo. El se ocupó de la conciencia preferentemente como fenómeno social. En el análisis de la conciencia Marx rechazó el esquema tradicional de la interrelación individuo-mundo e incluyó en él un eslabón mediador: el sistema de relaciones sociales. Ello no significa que el marxismo desconozca el papel de la conciencia individual y su vínculo con la conciencia social.

S. 100

Se trata de que en el enfoque de la conciencia, incluida la individual, la filosofía marxista se ubica, ante todo, en el plano de su condicionamiento y función social y no en el de las particularidades psicológicas o anatomofisiológicas del individuo y de su cerebro. En eso se diferencia el estudio filosófico de la conciencia del que realiza la biología, la psicología o la psiquiatría.

Hemos visto que la conciencia, tomada en su integridad, como forma superior de reflejo del mundo, tiene un carácter eminentemente social. También arribamos a la conclusión de que, desde el punto de vista filosófico, al marxismo le interesa lo ideal sobre todo como subsistema de la sociedad, es decir, como conciencia social. Pero no es menos cierto que

la conciencia social no puede formarse automáticamente bajo la influencia del sistema de relaciones sociales, sino sólo a través de la participación de los individuos concretos y reales que componen la sociedad y que poseen, cada uno de ellos, su propia actividad ideal. De ahí que sea necesario analizar especialmente la dialéctica de la conciencia social y la individual.

La conciencia individual es el reflejo en la cabeza del individuo de determinados lados, rasgos y nexos del mundo exterior, así como también el conjunto de sentimientos, estados de ánimo y puntos de vista sobre el mundo. En la conciencia individual se refleja toda la plenitud de las particularidades concretas de la existencia y desarrollo del individuo dado, su ser individual y único.

La conciencia social, a diferencia de la individual, es el reflejo del ser social en la conciencia no del individuo aislado, sino de un conjunto ilimitado de hombres que componen temporal y espacialmente la comunidad social dada (el grupo social, la clase o la sociedad en su conjunto). Ella agrupa, como ya se ha señalado, toda una serie de las principales ideas políticas, jurídicas, morales, religiosas, científicas, filosóficas, etc., que caracterizan la producción espiritual de la sociedad en la etapa dada de su desarrollo, así como también los sentimientos, estados de ánimo y hasta los prejuicios que funcionan a un nivel social global.

Una vez caracterizadas de manera general la conciencia individual y social, surgen inmediatamente varias interrogantes: ¿qué relación tienen ambos tipos de conciencia?; puede hablarse de la primacía de una sobre la otra?; si la conciencia individual tiene su asiento en el

cerebro del hombre, dónde existe la conciencia social?

Está claro que no existe un cerebro colectivo donde se ubique la conciencia social. La relación de la conciencia social con la individual es una manifestación de la dialéctica de lo general y lo particular. Lo general no necesita de un espacio propio donde alojarse, al estilo del mundo de las ideas platónico. (25) Lo general sólo puede existir a través de lo particular. De la misma forma, la conciencia social sólo existe a través de las conciencias individuales. No tendría sentido hablar de las ideas, teorías y puntos de vista imperantes en la sociedad, sin los muchos individuos reales que los producen y reproducen.

El portador de la conciencia social es también el hombre. No existe ni puede existir una conciencia y un pensamiento, por muy general y social que sean, que no existan como la conciencia y el pensamiento de los hombres de carne y hueso. "Tenemos que investigar -escribía F.Engels- qué es, en realidad, el pensamiento humano. Es acaso el pensamiento de un sólo hombre? No. Pero sólo existe como pensamiento individual de muchos miles de millones de hombres pasados, presentes y futuros". (26)

Quiere decir que, independientemente de que sea necesario reconocer su diferencia, la conciencia social y la conciencia individual no deben separarse ni contraponerse entre sí. Es verdad que la conciencia social, en cierto sentido, se opone a la individual, de manera que sus demandas, normas y prohibiciones deben ser tomadas en cuenta por todos los hombres. Pero también es cierto que la existencia de la conciencia social presupone la existencia de la conciencia individual, que la conciencia social nace primeramente en la individual y se nutre de los aportes individuales, de

determinados hombres que introducen en muchas ocasiones un sello personal a las ideas, concepciones y teorías que funcionan a nivel social.

Por lo tanto, la conciencia social no es algo anónimo e impersonal, al estilo de una especie de "espíritu puro", que exista y se desarrolle al margen de las voluntades y conciencias individuales. La conciencia social en cada época concreta y en cada pueblo se elabora de manera totalmente personal, individual. La mecánica de Newton, la doctrina protestante de Lutero, la teoría de Darwin acerca del origen de las especies y la explicación materialista de la historia de Marx y Engels son personales por su origen y llevan la huella de la individualidad de sus creadores. Es difícil sobrevalorar, por ejemplo, la gran influencia del aporte personal de hombres como el Che y Fidel en la formación de la conciencia social de la sociedad socialista cubana.

Además, la conciencia individual no sólo toma en cuenta para su formación y desarrollo el "mundo de las ideas colectivas", la conciencia social, sino que muchas veces se le contrapone, actúa y se desarrolla "a despecho" de las tradiciones establecidas, de las reglas y esquemas de la conciencia social dominante. De otro modo serían imposibles el desarrollo y el progreso de la propia conciencia social. Los mismos ejemplos que antes veíamos (Newton, Lutero, Darwin, Marx, Engels, el Che y Fidel) ilustran perfectamente esta "osadía" de las conciencias individuales, sin la cual hubiese sido imposible el progreso de la humanidad hasta nuestros días.

Sin embargo, no es menos cierto que, a pesar del origen muy personal e individual del contenido de la conciencia social, ésta adquiere después una forma suprapersonal (que no es lo

mismo que impersonal, es decir, que no significa la negación de su origen individual y carácter personal). Las ideas, teorías y concepciones que componen la conciencia social llegan al alcance de las generaciones sucesoras y se asimilan por ellas fundamentalmente como formaciones suprapersonales, ya que la individualidad de sus autores se presenta aquí en forma superada, dialécticamente negada e, incluso, teóricamente transformada.

En otras palabras, los resultados obtenidos como producto del desarrollo de la conciencia individual, al rebasar los límites del sujeto personal y adquirir una significación social-general, permiten presentarlos a las generaciones futuras haciendo abstracción de sus creadores personales, de sus características propias, de los móviles psicológicos o de otra índole que lo guiaron en su actividad creadora. Esos resultados se insertan en la lógica misma del movimiento del pensamiento humano y toman su propio curso de desarrollo en la conciencia de las generaciones que le suceden, presentándose ante cada una de ellas como cierto material formado y desarrollado autónomamente por el pensamiento de las generaciones anteriores.

Aun así, no debe olvidarse nunca el origen individual de la conciencia social. Como es conocido, el principal rasgo de esta última consiste en ser un reflejo del ser social, es decir, en el hecho de que está condicionada por la vida material de los hombres, pero ese condicionamiento es posible sólo a través de la actividad ideal individual de esos hombres concretos que viven en determinadas condiciones materiales y que son los portadores de determinadas formas de la conciencia social.

Y bien, hemos visto que no hay en la conciencia social nada

que no haya estado antes en la conciencia individual. Pero ello no significa que todo el contenido de esta última entre a formar parte de la primera. La conciencia social no es la simple suma de las conciencias individuales, en ella sólo se encuentran los elementos generales, comunes; lo cual no quiere decir que esa comunidad o generalidad abarque a todos los individuos sin excepción de la sociedad o grupo social dado. Se trata de las ideas, representaciones o concepciones prevalecientes en la sociedad. El paso de determinados elementos de la conciencia individual a la conciencia social depende, ante todo, de la medida en que las nuevas ideas y concepciones respondan a las exigencias epocales y sean expresión del ser social.

En resumen, podemos decir que la conciencia de la sociedad no tendría de dónde extraer su contenido, ni cómo reflejar al ser social, ni podría expresarse, manifestarse y "encontrarse" a sí misma como no fuera a través de la conciencia de los individuos concretos que componen la sociedad. Con ello queda clara la importancia vital de la conciencia individual para la formación y desarrollo de la conciencia social. Nos queda ahora por analizar la relación inversa, es decir, la influencia y papel de la conciencia social en el contenido y movimiento de la conciencia individual.

No existe una conciencia puramente individual, sin contenido social alguno, de la misma forma en que no hay ni puede haber individuos totalmente aislados entre sí (atomizados en el espíritu de Robinson Crusoe), capaces de pensar humana y socialmente fuera de aquello que los une, fuera de la actividad conjunta. La psiquis del hombre se forma sobre la base de los nexos y relaciones sociales, nexos y relaciones que determinan no sólo la dirección objetal de su actividad,

sino también el contenido social del reflejo de dicha actividad en la conciencia.

La conciencia social es inseparable del psiquismo del individuo concreto, aunque el nexo entre ellos puede tomar el carácter más inesperado, incluso alienante, como, por ejemplo, en las condiciones de total dependencia externa, cuando las ideas comienzan a gobernar sobre los hombres como fuerza objetiva extraña a su conciencia individual. Pero en todas las condiciones la conciencia del individuo aislado se forma en el proceso de su actividad conjunta con otros individuos y está mediatizada por la conciencia colectiva.

El contenido de la conciencia individual es el reflejo de la realidad que rodea al hombre, del mundo material. Pero esa realidad es, en buena medida, fruto de la actividad humana, es una realidad socializada y, en este sentido, resultado de la objetivación de la conciencia humana.

Cada hombre, cada generación humana, cuando enfrenta la vida se encuentra, ya preparados (y sin posibilidad de elección), no sólo un determinado sistema de relaciones de producción (base económica de la sociedad), sino también toda una cultura material y espiritual, ante la cual no tiene otra opción que apropiársela y desobjetivarla para sí. De ahí que el contenido de la conciencia individual de los hombres sea extraído, fundamentalmente, de la conciencia social de su época, a través de su vínculo con determinadas formas de objetivación de esa conciencia social, como son el lenguaje, la conducta de otros hombres o, en general, la cultura material y espiritual de la sociedad.

La conciencia social (las ideas, las opiniones, las teorías, etc.) actúan con relación al individuo como un factor

objetivo en la formación de su conciencia, como una realidad tan objetiva como la propia realidad material, como algo autónomo y, en este sentido, independiente de su conciencia individual. (27)

El proceso de formación de la conciencia individual no puede, por tanto, ser otra cosa que el proceso de asimilación de los logros del pensamiento humano a través de su historia. Las etapas del desarrollo de la conciencia individual son, según palabras de Engels "la reproducción abreviada de los peldaños escalados históricamente por la conciencia humana". (28)

Quiere decir que la conciencia individual es social por su origen y contenido, aunque la forma que adquiere ese contenido en la cabeza de los hombres posee un carácter muy individual. Sólo después de formada esa conciencia individual (una vez que ha asimilado los logros de la razón colectiva de su época) puede ella, a su vez, realizar su aporte a la conciencia social.

Concluyendo, podemos decir que la división de la conciencia en "social" e "individual" no puede servir de fundamento o justificación para el establecimiento de una barrera entre ellas y el aislamiento de sus modos de ser y funcionamiento.

En tal caso la conciencia social se perdería a sí misma, se convertiría en algo así como el espacio vacío del pensamiento puro, mientras que la conciencia individual, reducida al "trabajo del cerebro" y comprendida sólo como proceso psicológico, resultaría una "realidad cerradamente subjetiva", sin "puerta de escape" hacia el mundo de los hombres, sin contenido en el plano social. En el funcionamiento real de la conciencia lo social y lo individual son inseparables entre sí. Todo el contenido de la

conciencia social se extrae del automovimiento de la conciencia individual, la cual también, a su vez, está llena de contenido en el sentido social. La conciencia social es individual y la individual es social. No existe una sin la otra.

Por último, si ha de hablarse de la primacía de un tipo de conciencia sobre el otro, necesariamente habrá que reconocer el carácter primario de la conciencia social. Los tres siguientes argumentos nos parecen suficientes: en primer lugar, es en la conciencia social donde más plena e integralmente se refleja el ser social; en segundo lugar, es la conciencia social la que mueve a las grandes masas en la realización de las más importantes tareas históricas; y, en tercer lugar, son muchas las conciencias individuales que pasan sin dejar huella en la conciencia social, pero no hay ni una sola conciencia individual que no esté marcada por la conciencia social de su época.

3.3.6 Análisis marxista de la conciencia y concepción materialista de la historia

El análisis de la dialéctica de la interrelación de lo individual y lo social en la conciencia humana nos confirmó una vez más la naturaleza eminentemente socio-histórica de la actividad espiritual del hombre. Esta nueva dimensión, bajo cuyo prisma se analizan los fenómenos ideales en la filosofía marxista, exigió como fundamento y complemento una nueva visión del propio proceso de desarrollo social. De ahí el gran significado que tuvo para la comprensión científica del proceso histórico (y de la producción espiritual como su ingrediente indispensable) la conclusión acerca del carácter social de lo ideal, interpretado sobre todo como conciencia social.

Ello permitió superar la unilateralidad del viejo materialismo en el análisis de la conciencia, que obligaba a enfocarla, en el mejor de los casos, sólo desde el ángulo de su condicionamiento por parte de la realidad reflejada, comprendiendo a esta última sólo como realidad natural. Por eso, la comprensión de lo ideal como forma de la actividad social humana e histórico-cultural, que refleja la realidad objetiva, pero que a la vez se presenta como una realidad particular organizada internamente, social, colectiva, por su esencia, representó un paso decisivo en la formación de la nueva concepción científica del mundo.

En efecto, el problema de la naturaleza social de la conciencia forma parte, dentro del marxismo, del problema más general acerca del desarrollo histórico-social y está asociado a la misma esencia de la interpretación materialista del proceso histórico, permitiendo valorar de manera más profunda y fundamentada el significado del viraje realizado por el marxismo en la explicación de la vida social.

La historia no es otra cosa que la actividad de los hombres que de manera consciente plantean y realizan sus objetivos. La conciencia, por tanto, actúa desde el inicio como una forma y el producto del movimiento mismo de la sociedad que necesita, para su propio autodesarrollo, reflejarse y propulsarse a través de su conciencia social o, lo que es lo mismo, a través de su autoconciencia, que se plasma y manifiesta en los fines conscientes de los hombres.

Quiere decir que el desarrollo de la conciencia está determinado por el contenido y carácter de las propias relaciones sociales en las que ella se desenvuelve y que motivan (y en cierto sentido obligan) a los hombres a pensar

de una forma y no de otra, a proponerse determinados fines de sus acciones y no otros. "La historia efectiva es la base, el cimiento, el ser, al que sigue la conciencia". (29)

En esto precisamente consiste la esencia de la concepción materialista de la historia desarrollada por Marx y Engels, quienes, por primera vez, extendieron el materialismo al estudio de los fenómenos sociales.

Del hecho sencillo y evidente para todos de que el hombre, para poder vivir, debe ante todo comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse, etc., C.Marx y F.Engels extrajeron la trascendental conclusión de que la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma constituye el primer hecho histórico y la condición fundamental de toda historia.

Toda la superestructura política y jurídica de la sociedad, así como las distintas formas de la conciencia social están determinadas por las condiciones materiales de vida de los hombres. El hombre no vive como piensa, sino a la inversa, piensa como vive. "El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia". (30)

Esta nueva concepción de la vida social permitió superar definitivamente la noción, según la cual la historia es el resultado, o bien de las ideas caprichosas de los llamados grandes hombres, o bien de la evolución de algún espíritu absoluto. Con ello se asestó el golpe definitivo contra el último (y a la vez más importante) reducto del idealismo: la

interpretación de la sociedad humana.

Por primera vez la historia fue analizada como proceso regido por leyes objetivas, condicionada por el desarrollo de la producción material y, en este sentido, independiente de la conciencia de los hombres. "Del hecho de que uno vive, tiene una actividad económica, procrea y fabrica productos que intercambia se forma una cadena de sucesos objetivamente necesaria, una cadena de desarrollo independiente de su conciencia social, que ésta no abarca jamás en su totalidad". (31)

La existencia de las leyes objetivas en el desarrollo social no demerita en ningún sentido el papel de la conciencia en este proceso. Todo lo contrario, sólo a través de la actividad consciente puede hacerse realidad el curso objetivo del movimiento de la sociedad, en muchas ocasiones incluso, sin que los propios protagonistas se percaten de que con su actividad están forjando la trama de la historia. Cuando un campesino vende su producto en el mercado o un capitalista estimula la introducción de una nueva técnica en la producción lo hacen de manera consciente, buscando un fin propuesto de antemano, pero por lo regular sin ser conscientes (y valga la paradoja) de que con ello modifican el ser social.

Como escribiera Engels, "los fines de los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin propuesto, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las propuestas". (32)

Por eso, para comprender la historia, hay que concentrar el análisis no tanto en los fines directos de la actividad, como en los resortes y fuerzas propulsoras que están detrás de

ellos, no en los fines individuales, sino en los móviles que impulsan a las grandes masas. Esto, sin desconocer la importancia de las motivaciones conscientes, ya que todo lo que mueve a los hombres tiene necesariamente que pasar por sus cabezas, aunque la forma que adopte dentro de ellas depende en mucho de las circunstancias.

Y esas circunstancias cambian a través del desarrollo de la historia y cambian sustancialmente, sobre todo, en las condiciones de una auténtica sociedad socialista como la que aspiramos a construir en Cuba. Una de las grandes diferencias entre el socialismo y todas las sociedades que le precedieron consiste, precisamente, en que mientras que en el desarrollo de estas últimas las leyes de la historia se imponen casi siempre de manera ciega y espontánea, sin que los hombres mismos se percaten de las causas y consecuencias últimas de sus actos, la nueva sociedad socialista se erige y desarrolla como resultado de la conscientización por el hombre de la necesidad histórica y de su actuación acorde a esta necesidad hecha conciencia.

Esto no significa que en el socialismo dejen de actuar las leyes objetivas del desarrollo social. Todo lo contrario. Se trata de que aquí la acción de estas leyes encuentra el más fértil terreno subjetivo para su despliegue acelerado. Son leyes que se imponen no en contra - o a espaldas - de la voluntad y los intereses de los hombres - como ocurría en las sociedades anteriores -; sino a través de su coincidencia con la voluntad y los intereses de la gran mayoría de la población.

La posibilidad que brinda la sociedad socialista de conocer la necesidad histórica y de actuar acorde a ella (esencia de la verdadera libertad humana) eleva extraordinariamente el

papel del factor conciencia en esta sociedad. De ahí que, como ha señalado Fidel en reiteradas ocasiones la construcción de la nueva sociedad no puede ser sólo asunto de ciegos mecanismos económicos que, por sí mismos y de manera casi automática, den como resultado la creación de la base técnico-material del socialismo, el surgimiento de nuevas y más elevadas relaciones sociales y la formación del hombre nuevo. La construcción de la sociedad socialista sería impensable sin la formación, a su vez, de una nueva conciencia en las masas.

Todo esto ha sido posible entenderlo partiendo de la comprensión que de la sociedad y la conciencia nos han brindado los fundadores del marxismo. Esta nueva interpretación de la historia representó la coronación del edificio del materialismo, con lo cual se produjo un vuelco extraordinario en el desarrollo del pensamiento filosófico y social. La tradicional solución materialista al problema fundamental de la filosofía -el ser determina la conciencia- perdió su carácter abstracto y unilateral con su nueva formulación: el ser social determina la conciencia social. Y no se trata de que haya cambiado el problema mismo, presente a través de toda la historia de la filosofía. Lo que sí cambió radicalmente fue su interpretación y solución.

Sería incorrecto concebir la obra de culminación del materialismo como el simple traslado mecánico a la vida social de la tesis acerca del carácter primario de la materia y secundario de la conciencia. En realidad, el problema de la relación del ser y la conciencia sólo puede encontrar su verdadera solución teórica y práctica en la vida social. Sólo allí se nos presenta como un problema real y no como el simple resultado de las lucubraciones especulativas del pensamiento de los filósofos. Por eso la concepción

materialista de la historia es, de hecho, la solución marxista al problema fundamental de la filosofía, la única solución científica y consecuentemente materialista a dicho problema.

Al descubrir las leyes reales de la historia social, el marxismo reveló así las fuentes del condicionamiento social de la conciencia y descubrió las causas de su carácter activo. Por lo tanto, la penetración en la esencia de la conciencia y la revelación de su verdadera función social fue posible sólo como resultado del análisis multilateral de la sociedad humana y sus leyes, a través del estudio de la interrelación de la vida material y espiritual de la sociedad. Y es que, como decía Marx, "los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su productividad material, crean también las ideas y categorías, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales". (33).

De ahí que partiendo de la concepción materialista de la historia sea necesario comprender que la conciencia surge y se desarrolla históricamente como producto de la actividad conjunta de los individuos sociales y su contenido depende de los cambios que se operen en la sociedad, de la evolución de las condiciones y circunstancias históricas. En otras palabras, la actividad espiritual constituye un lado inmanente de la actividad socio-productiva de los hombres, una función de ese gran sistema global que es la sociedad tomada en su conjunto.

Sólo vista así, como subsistema social dependiente del sistema más general en que está inmersa, puede la conciencia social ser analizada en calidad de esfera relativamente independiente de la actividad humana vital, con su estructura

propia, es decir, como una realidad particular, cuyo funcionamiento y desarrollo llega incluso a organizarse e institucionalizarse a nivel de la sociedad.

Claro que esta organización e institucionalización de la conciencia sólo puede lograrse al alcanzar la sociedad un determinado nivel de desarrollo histórico. Al inicio la conciencia tiene un carácter muy elemental, muy poco desarrollado, muy sincrético, muy directamente enlazado con el lenguaje de la vida real, surgida no por sí misma, sino sólo "de la necesidad, de los apremios de intercambio con los demás hombres" (34), que en el proceso vivo de producción y en los marcos de una determinada forma de colaboración mutua adquieren la capacidad de desarrollar su actividad en el plano ideal.

Pero con el decursar histórico la conciencia se convierte en objeto y producto de una actividad especial, hasta la creación de una profesión específica realizada en la práctica por un destacamento de hombres (filósofos, teólogos, ideólogos, artistas, etc.).

El momento de viraje más importante en este proceso llega con la división social del trabajo, particularmente, con la división del trabajo material y espiritual. "Desde ese instante, -escriben Marx y Engels,- puede ya la conciencia imaginarse realmente que es sólo algo más y algo distinto que la conciencia de la práctica existente, que representa realmente algo sin representar algo real; desde este instante, se halla la conciencia en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría "pura", de la teología "pura", la filosofía "pura", la moral "pura", etc." (35) Sólo entonces puede surgir la ilusión de que la conciencia es algo ajeno y extraño a la realidad

social misma, ilusión que perduró en el pensamiento humano hasta la aparición del marxismo.

Fue precisamente el marxismo quien "redescubrió" el cordón umbilical que une a la conciencia con el sistema de relaciones sociales, con la sociedad tomada como organismo vivo y en desarrollo. Y no sólo porque en cada época histórica la conciencia es el resultado de las condiciones sociales de vida de los hombres, sino además porque cada paso en el desarrollo histórico necesita, directa o indirectamente, de la participación activa de la conciencia. De ahí que de la naturaleza social de la conciencia se derive su carácter activo, el cual está directamente entrelazado con la necesidad de perfeccionamiento y desarrollo de todo el sistema de relaciones sociales.

Por eso, comprendida socialmente, la conciencia no puede ser interpretada tan sólo como el reflejo pasivo del proceso histórico en las cabezas de los hombres. De ser así, perdería su propia razón de existencia. Por el contrario, siendo consecuencia, fruto y reflejo de las condiciones sociales de vida de los hombres y, ante todo, de su vida material, la conciencia se convierte, a su vez, en premisa inalienable del proceso socio-histórico, en componente sustancial necesario de dicho proceso, en una condición de su automovimiento y autodesarrollo.

Sin la participación de la conciencia sería imposible representarse el proceso de la vida social, comprender el curso de la historia y explicar sus acontecimientos. Como señalara Engels, "investigar las causas motrices, que de manera clara o solapada, directamente o en forma ideológica o, incluso, fantástica, se reflejan como motivaciones conscientes en las cabezas de las masas actuantes y de sus

líderes (los llamados grandes hombres) constituye el único camino conducente al conocimiento de las leyes que imperan en la historia en general o en determinados períodos de la misma..." (36)

El proceso de conversión de lo ideal en lo material no se detiene ni por un minuto, determinando esencialmente -por medio de la actividad práctica humana- la vida social y el proceso histórico en su conjunto. "La conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo, sino que lo crea..., ...el mundo no satisface al hombre y éste decide cambiarlo por medio de su actividad" (37) -decía Lenin. Y no hay otro modo de cambiar al mundo que no sea haciendo uso de la conciencia. La conciencia es, por supuesto, un espejo en el cual el mundo se observa y se ve a sí mismo, pero un espejo sin el cual no existiría el propio mundo humano.

Y ello no significa, en ningún modo, que dudemos, ni por un instante, del carácter derivado y secundario de la conciencia social con relación al ser social. El deseo y la capacidad del hombre de inmiscuirse en la vida social con ayuda de su conciencia e influir realmente en el curso de los acontecimientos serían vanos si esa conciencia no fuera el resultado real de sus condiciones materiales de vida. Ni la conciencia más inteligente sería capaz de transformar la realidad social y convertir las exigencias de la razón en una exigencia social y una necesidad del propio movimiento y desarrollo de la sociedad, si esa conciencia no parte de las propias relaciones sociales de los hombres, si no capta en ellas las tendencias potenciales de su movimiento.

Es cierto que en el decursar histórico las representaciones falsas, deformadas y místicas de la realidad han jugado un papel nada despreciable en el movimiento social y han sido

capaces de empujar a la sociedad hacia determinada dirección. La conciencia también puede desempeñar un papel maligno, convertirse en instrumento de objetivos y fuerzas tenebrosas. Pero "también las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y ligado a condiciones materiales". (38)

En resumen, la comprensión filosófica marxista de la naturaleza social de la conciencia nos lleva indefectiblemente hasta el concepto de conciencia social y éste, a su vez, enmarcado dentro de la concepción materialista de la historia, nos permite interpretar acertadamente el verdadero lugar que ocupa la conciencia en el proceso de desarrollo histórico como expresión y resultado de las condiciones materiales de vida de los hombres y ente activo que interviene como condición del movimiento social mismo. Por lo tanto, de la misma forma que el reflejo constituye una propiedad universal de la materia (tesis inicial de la que partimos), la conciencia no puede ser otra cosa que un atributo de la realidad social, una propiedad inmanente al ser social.

3.4 La relación naturaleza-sociedad como expresión de la unidad material del mundo

3.4.1 El pensamiento filosófico premarxista y la relación naturaleza-sociedad

El problema de la unidad del mundo resulta esencial para la reflexión filosófica, y se encuentra en buena medida no sólo relacionado con el problema fundamental de la filosofía sino incluido en él. Directa o indirectamente todo filósofo o tendencia filosófica han respondido históricamente al